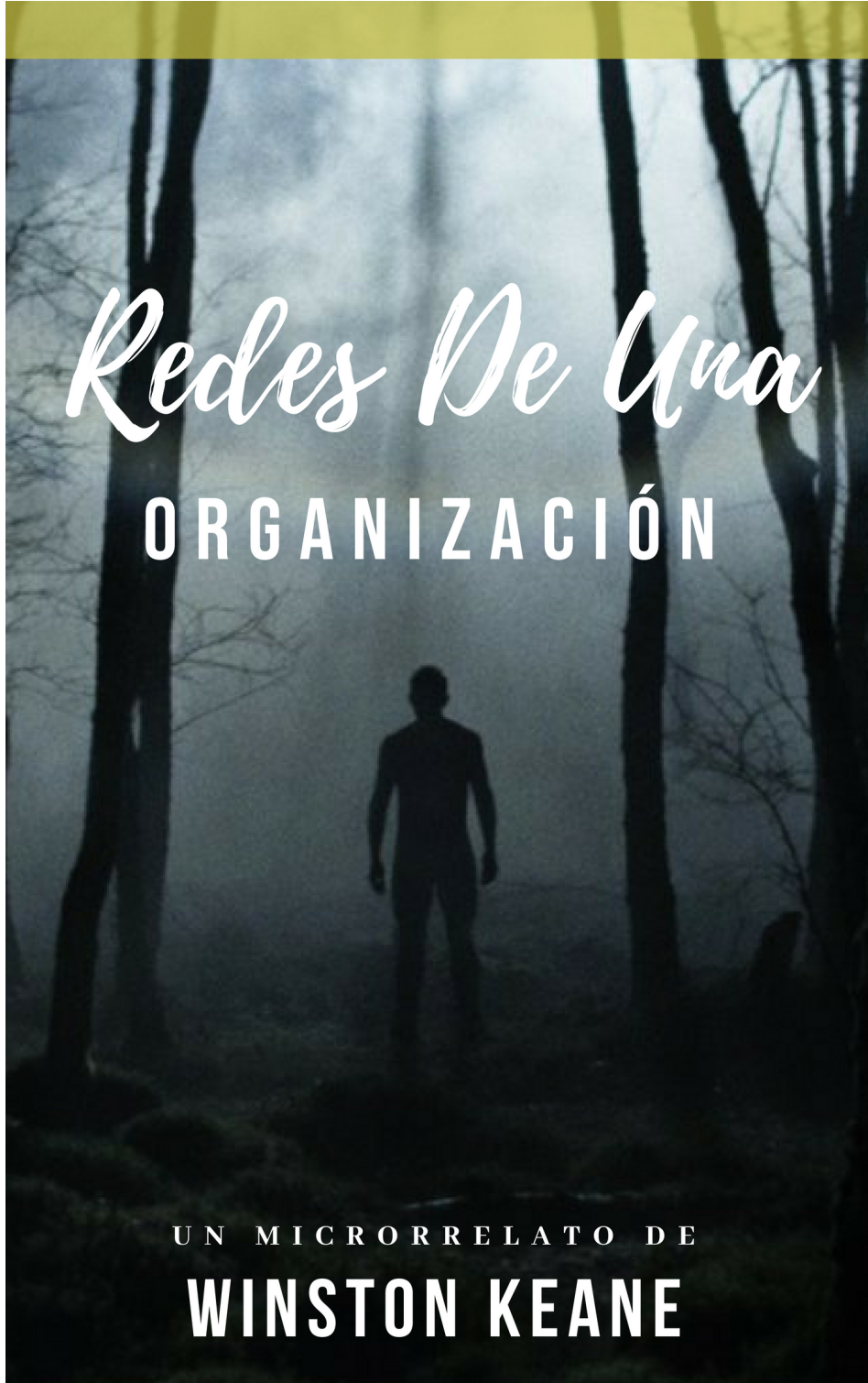


Redes De Una Organización

Winston Keane



Capítulo 1

Abriendo mis ojos paulatinamente, alcanzo a vislumbrar una sombra en el umbral de la puerta de la habitación de huéspedes. Había escasez de iluminación, por lo que me senté en la cama algo perturbado y la miré fijamente para ver si conseguía reconocerla.

—Sé que eres feliz ahora, no hace falta demostrármelo. Te contraté porque sabía que tenías un potencial colosal, estaba consciente de que en un futuro me ayudarías a subir hasta las nubes a mi fundación, Benicio, pero tú... —se dignó a hablar residiendo en el mismo lugar. Supe inmediatamente quién era.

— ¡Váyase de aquí! ¡Largo! —interrumpí alzando la voz enfurecido—. Podrá tener las llaves de la cerradura, pero eso no le da derecho a entrar cuando quiera a la hora que quiera. Además jamás confió en mí, ¡Es un embustero! Aguanté hasta las humillaciones más grandes por el apego emocional que le tenía al darme una oportunidad de trabajar en la FUCEM. ¡Era mi sueño! —me encontraba impotente, no lidiaba con la rabia, pero aún así existía pena y sensibilidad en lo más profundo de mi ser.

— ¡Hey! Tómalo con calma, despertarás a tu familia —insinuó con tono apacible—. Mejor será que me marche de éste lugar, después de todo ya me hiciste el favor —giró hacia atrás y se marchó del lugar lentamente.

Me levanté, encendí las luces y lo perseguí rumbo a las escaleras. Nos quedamos los dos inmóviles formando una distancia no menor a dos metros. Le reclamé que no se podía ir después de haber venido a mi mansión a provocarme.

—Entonces ven. Hazme compañía hasta mi destino —dio la vuelta para mirarme a los ojos, y obtuve una vez más aquella sonrisa falsa que evidenciaba su frialdad interina. Estiró su mano hacia abajo por la escalera señalándome el camino.

— ¡No! No caeré en sus trampas otra vez —le advertí seriamente al Señor Tibaldo—. Está embaucándome como siempre lo ha hecho ¡No!

—Si no estás listo aún, entonces pega media vuelta y vuelve a tu cama —bajó él solo.

Me arrodillé, cerré mis ojos forcejeándolos fuertemente mientras jalaba mi cabello con las manos a la cabeza emitiendo quejidos, y los abrí después de haber contado hasta tres respirando muy profundo, acabando un poco más calmado. Mi espalda se quejaba por lo incómoda que estuvo situada en aquella cama con un duro colchón. Mirando al infinito, escuché el tono de llamada de mi celular que se encontraba en el velador del

cuarto de hospedaje, mi latido comenzó a elevarse en un santiamén.

No alcancé a llegar para contestarle a Gabriel, así que me dirigí hacia la cocina a sacar un vaso y llevarlo al lavaplatos con el propósito de llenarlo de agua. Logré con éxito mi objetivo. Luego, abrí aquel mueble pegado en la pared para extraer una tira de pastillas y subí al dormitorio en donde estaba. Lancé sólo una a mi boca y tomé un sorbo de agua a fin de digerirla. A continuación me acosté bien relajado procurando dormirme nuevamente...

¡Desperté de nuevo! Como era ya costumbre en dicha madrugada. Lo de Gabriel parecía ser importante, pues tenía veinte llamadas perdidas de él. Sonó el móvil otra vez y ahora sí contesté.

— ¿Qué pasó? ¿Algo urgente? ¡Dime! —hablé de inmediato algo nervioso.

—Tienes que asegurarte ya mismo, o vete a la mansión Alseva sin Margaret. Quizás sea un error el que te esté llamando para advertirte, pero en fin. Es un ultimátum, o los ayudas o te destruyen. Toma tu decisión, y recuerda... no escoger una es la peor decisión —respondió en voz baja.

— ¿Es seguro? ¡¿Estás seguro?! ¿De qué lugar conseguiste tal información? —le grité por teléfono.

—No puedo decirte eso ahora mismo —murmulló.

— ¡Eres un desgraciado! Debiste evitarlo, sabías perfectamente que todo esto sucedería, de eso no me cabe duda. Así podrías chantajearme con dinero, ¿Cierto?

—Espera, ¿Qué tonterías dices, Beni? Soy el que jamás te defraudaría. Siempre te apoyé en todo, no seas terco. Tú también tienes que apoyarme en esto ahora, no tengo idea de lo que me sucederá. Lamento no haber detenido esta bomba atómica, se me hizo un infierno el tratar de desactivarla —apenas escuchaba lo que decía, hablaba muy despacio.

— ¡Ya! Quizás me equivoqué, perdóname. Debe ser el miedo que se apodera de mí. Tal vez las pastillas no han hecho su efecto, pero tú tranquilo, esto no traspasará la línea. Confía en mí —fingí tranquilidad y poderío.

—Confío en ti, sobrino. Todo estará en tus manos desde ahora. En éste instante tengo que salir de aquí, escuché un ruido afuera —cortó.

Quedé aún más aterrado con su llamada. Unos treinta minutos más adelante, decidí ir a la cocina nuevamente con la finalidad de tranquilizarme. Al llegar y alumbrar el alrededor de allí, la luz blanca

parpadeó siete veces y se apagó. Quise subir para ir a buscar alguna linterna, pero no pasaron ni diez segundos y mis brazos y piernas comenzaron con una sensación de hormigueo. Me sentí muy extraño, comencé a derretirme hasta el suelo. Mi cuerpo lo estaba traspasando. Veía todo de color negro, no sabía en qué momento iba a caer en un lugar sólido. Era como si estuviera en la nada, como si tuviera a mi alma flotando en el limbo, y a pesar de no gustarme tal sensación, lo percibí un viaje reflexivo y pacífico, me sentí en paz sólo hasta que vi a una silueta caer sobre mí. Terminé acostado con ella en la tierra.

No podía oír absolutamente nada, sólo tenía un pitido en mi mente. Observando con miedo al cielo estrellado y a las ramas de árboles espantosos de aquel bosque moverse a causa del enérgico viento, permanecí quieto con ella encima un par de minutos. Me estaba ahogando con su peso y ya no pude resistir más, empecé a forcejear. Grité con todas mis fuerzas y empujé a la silueta hasta quitármela, estableciéndose boca arriba al lado mío. Ulterior a eso, creí haber apreciado percusiones de palmas alrededor mío: me entró la incertidumbre. Toqué con mis propias manos el piso y presioné fuertemente, una y otra vez, para verificar mi realidad... sólo las ensució con un extraño líquido. Me repugnó de la situación y di cuesta arriba para luego correr por un oscuro sendero con salida a una carretera. Pasaron cinco autos, sólo el último abrió sus puertas amablemente y me llevó a mi pequeña casa pueblerina sin preguntas.

¡Llaves! Al bajar del vehículo debía abrir la puerta. Metí las manos sucias a mis bolsillos con tal de cumplir la meta, presenciando tiritones en la totalidad de mis extremidades. Allí dentro, me dirigí hacia el lavaplatos, lavé mis manos con muchísimo jabón y rasgué toda la asquerosa ropa de mi cuerpo. Cerré todo acceso posible, y me puse pijama con el fin de intentar dormir.

Más tarde desperté abruptamente en una solemne oscuridad recostado en el duro piso para ver a una pequeña figura parada justo en frente de mí.

— ¿Qué haces tirado al lado del lavaplatos? — cuestionó desorientada con su frágil y delicada voz.

— Creo que sólo recordaba de nuevo, Emily — respondí confundido y adolorido.

— Tenemos una hermosa mansión y una bonita familia, papi. Ya no hace falta extrañar al abuelo Tibaldo — ignoraba rotundamente mi integridad en la organización, al igual que Margaret. Intentaba calmar a su padre, estiró su mano pretendiendo ayudar a pararme. Se encontraba demasiado

apenada y asustada por mí.

—Tienes razón, cariño. Tienes razón —me senté y besé su frente conforme acariciaba su cabello suavemente. La culpa por el calvario que sufrían ambas me esclavizaba. Mi rostro no tardó en humedecerse.

Digeridos los tranquilizantes, pude finalmente descansar con mi hija en la habitación de huéspedes sabiendo de un inminente ataque de la Organización Quásar por mi traición. Después de todo, esta vez no iba a seguir la orden de ejecución, realmente amaba a mi esposa y tenía un plan en mente que podría resultar exitoso para eludir esta situación.